

LA NOVELA HA MUERTO, VIVA I

El 15 de octubre pasado se fallaba en Barcelona el Premio Planeta de novela (ver TRIUNFO número 821, 21 de octubre de 1978). Resultó ganador Juan Marsé, con su novela *La muchacha de las bragas de oro* (cuatro millones de pesetas). Y finalista, Alfonso Grosso, con *Los invitados*, que le valió —en razón de “la extraordinaria calidad de la novela, y sin que sirva de precedente”— dos millones de pesetas, en lugar del medio millón que figuraba en las bases. Cuando ya ambos libros están a punto de saltar a las librerías, TRIUNFO ofrece sendas entrevistas de sus respectivos autores.

MARSE un escritor decimonónico

IGNACIO VIDAL FOLCH-PEDRO SECORUN PORTOLA

EMPEZAREMOS con la vieja y absurda pregunta de la no catalanidad de su lenguaje, o la manida historia de un señor que, nacido en Barcelona, no escribe en catalán:

—¿No se siente un traidor a la patria y a sus orígenes negándose a escribir en catalán, por ejemplo?

—Yo escribo como escribo por circunstancias que todos conocemos: el idioma que aprendí en la infancia era el castellano, y si uno se ha hecho con el tiempo con cuatro herramientas para escribir en castellano no voy a tirarlas ahora por la borda. Aparte de que la nuestra es una sociedad bilingüe, aparte de que no comprendo. La obsesión por este asunto convirtiéndolo en un asunto político; porque cuando veo la bandera política es cuando respondo de una manera más arrogante; porque siguiendo un principio de territorialidades exclusivamente, no existiría Joyce, ni Conrad, ni Kafka o Nabokov.

—O el muy gayo Beckett...
—Beckett, que empezó a escribir en inglés y a mitad de su vida se pasó al francés, o lonesco...; es más yo voy a acabar escribiendo en chino.

—Como el final de aquella novela de Goytisolo, cuando decide “renunciar a todo” y escribe en árabe el último capítulo...

—Sí, “es la famosa destrucción del lenguaje”; que pienso que es una manía, porque bastante destruido está ya; no tiene uno más que enchufar el maldito engendro de la televisión para comprobar lo que es destruir el lenguaje; el primero en destruir el lenguaje es el Gobierno, el Estado, el poder; luego, los ejecutivos de las grandes empresas. Si encima colaboramos nosotros los escritores, la gente no leerá...; aquello tenía una finalidad estética, una finalidad simbólica pero...

—Hablemos de las relaciones entre el escritor y la política.

—Yo, como novelista, jamás me haré un planteamiento político; ¡como novelista!; naturalmente, tengo mi postura y mis ideas como individuo que está sujeto a determinadas formas de cultura y que sufre las presiones de orden

cultural, social y político; no soy activista, no milito en ningún partido político, pero tengo mis ideas y estoy dispuesto a hablar de ello cuando haga falta... Si yo me hiciera planteamientos políticos serios, dejaba la pluma y cogía el fusil; hay que ser consecuente; pero yo no sirvo para coger un fusil, pues muy bien, cojo la pluma; pero no quiero utilizarla como si fuera un fusil; la pluma no dispara balas; aparte de que yo, cuando escribo, escribo lo que me sale de los huevos. He tenido problemas con mis libros, pero es lo que debe ocurrir con un escritor cualquiera: enfrentarse continuamente con lo establecido con el poder; es, yo no diría la misión del escritor, sino un hecho connatural a él; porque el escritor es un individuo que continuamente se plantea preguntas y duda; porque si no duda no escribe, ésta es la diferencia fundamental entre el escritor y el político: el político parte de la idea de que no hay que dudar de nada, es un hombre lleno de seguridad; el escritor es todo lo contrario, trabaja sobre la duda... Yo, en una sociedad perfecta, desde todos los puntos de vista, no escribo ni una línea. ¿Qué coño voy a escribir, poemas a la puesta de sol?

—Entonces, ¿por qué se escribe, por rencor?

—Por esa sensación de que el mundo no está bien organizado.

—Pero ¿tú te diviertes cuando escribes o sufres?

—Uno se divierte cuando concibe el libro, cuando lo planea mentalmente, y esto lo puede hacer retirado en el campo o paseando, pensando en la historia, divertido no es la palabra, digamos que es algo estimulante; ahora, cuando te tienes que sentar cada día a la misma hora frente a la máquina de escribir con una hoja en blanco y tienes que pasarlo todo al papel, esto ya no tiene nada de divertido; en todo caso, cuando has hecho el trabajo más gordo y corriges al final, sí que te diviertes, pero llenar hojas en blanco no lo es.

—Otra cosa. No sé si recuerdas una pequeña crítica de Mario Vargas Llosa sobre “Últimas tardes con Teresa”. En la crítica

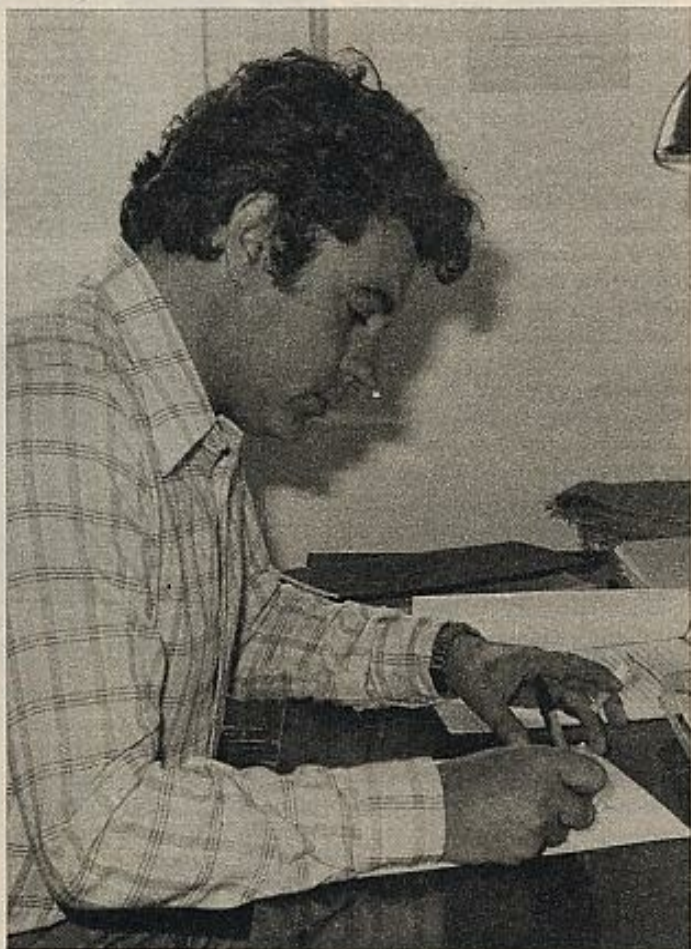
ca protestaba de que te metieras continuamente en favor de Pijosparte.

—Mario tenía, en cierto modo las sigue teniendo, ideas muy radicales sobre la novela; en aquella época lo llamábamos Cadete; así, muy Flaubertiano, con una vocación como pocas veces la he visto, y la teoría suya que yo no compartía era que decía que era curioso que una novela en la que el mismo autor ponía tantos obstáculos para que resultara buena, a pesar de ello lograba ser buena; esto es lo que decía en síntesis; claro, esto me dejaba en una posición bastante curiosa, porque el libro habría sido bueno a pesar

mío; yo hice todo lo posible para que resultara malo, pero al final resultó bueno; yo le dije: “Yo lo que creo simplemente, Mario, es que todo eso que tú interpretas como obstáculo para que la novela se manifieste en toda su intención, no son tales obstáculos, es decir, precisamente la novela se convierte en buena porque hay eso”.

—Era un planteamiento de novela decimonónica y, a la vez, de novela rosa; Mario intuía que el material era peligroso; eso yo lo sabía desde el primer momento; el material era de lo más deleznable, de serial radiofónico, la historia del muchacho pobre y la muchacha rica. Pero porque el material sea deleznable no es que no se pueda hacer con él una gran novela; si no, mira a Dickens, que trabajaba con huerfanitos que pasaban una vida horrorosa, y en el último capítulo aparecía un señor que decía: “Este muchacho es hijo mío”, y todo se arreglaba; pero el talento de Dickens levantaba ese material, con ese material la señora Corín Tellado, por ejemplo, no podría pasar de una novela rosa, simplemente porque no tiene talento.

—En un escrito lo de menos es el tema...



Juan Marsé: “Mientras que el político parte de la idea de que no hay que dudar de nada, el escritor trabaja sobre la duda”.

A NOVELA

—No sólo eso, sino que además la vida suele ser melodramática.

—Tu última novela se titula "La muchacha de las bragas de oro", y recuerdo que a cierta actriz la llamabas culo de oro. Interesante obsesión la del culo y el oro.

—El título es una parodia de una novela de Balzac, "La muchacha de los ojos de oro", y, por otro lado, hace referencia a la trama argumental, pero de obsesión, nada, ni por el culo, ni por las bragas, ni por el oro.

—¿Tú robabas motos y las llevabas al Carmelo como tus personajes?

—No, yo no soy el Pijoaparte; que más quisiera yo.

—En otro momento de esa misma novela apareces tú mismo como un peligroso tocón o sobón: "ahí está Marsé pellizcando de nuevo", comenta la gente.

—Fue un guiño privado. Cuando yo escribía ese libro era el momento del realismo social, es decir, cuando imperaban las teorías que Castellet expuso en su libro "La hora del lector": "Ha llegado la hora de que el autor desaparezca", eso es todo lo contrario de lo que yo estaba haciendo, es decir, novela decimonónica, donde el autor se convierte en Dios, interviene con opiniones incluso morales, etcétera... Yo era consciente de que iba contra corriente, a contrapelo de todo lo que se hacía, y, ya puestos en ese plan, pensé: voy a remachar, y voy a hacer como hacían antes, cuando el autor intervenía personalmente; por eso, como ejemplo clásico me hice salir yo en un papel poco agradecido, para que no se diga. Así se establece clara distancia entre el material y el lector, y es bueno porque permite la distancia de la ironía y el sarcasmo; pero un purista diría: "¡Oh, oh, oh!, esto rompe el climax".

—¿Hay interacción entre lo que vives y lo que escribes? ¿Cambias por el hecho de escribir?, es decir, ¿es esto una aventura espiritual?

—No advierto un cambio, en líneas generales; en términos más privados es posible, porque es un oficio que exige una serie de obligaciones; hay un desgaste de energía enorme que no se nota, pero que afecta desde tu vida privada hasta la vida de relación social; ahora bien, que altere tu visión general de la vida es más difícil. El escritor es un individuo que, por naturaleza, imagina la vida, pero no la vive. Hay casos de escritores famosos que tenían una relación muy intensa entre su vida y sus novelas; pero habría mucho que hablar. A Hemingway, por ejemplo, le gustaba mucho dar esa imagen, pero le venía grande; es muy conocida su estancia en España durante la guerra civil, que

él utilizó en sus novelas de acción; pero en el campo de batalla no estuvo más que una vez; el resto del tiempo lo pasó escribiendo en su hotel de Madrid. El dio esa imagen, el machismo, el vigor, la aventura, pero tenía mentalidad de "boy-scout". Prefiero la imagen más entrañable que dio Faulkner: era un campesino que vivió en su tierra, plantaba sus patatas y sus tomates; no concedió entrevistas a nadie, no vela a nadie; pero sus libros yo diría que tienen el doble de acción y violencia que los de Hemingway.

—Fitzgerald ya daba más la imagen de sus novelas, ¿no?; alcohol, "glamour" y decadencia...

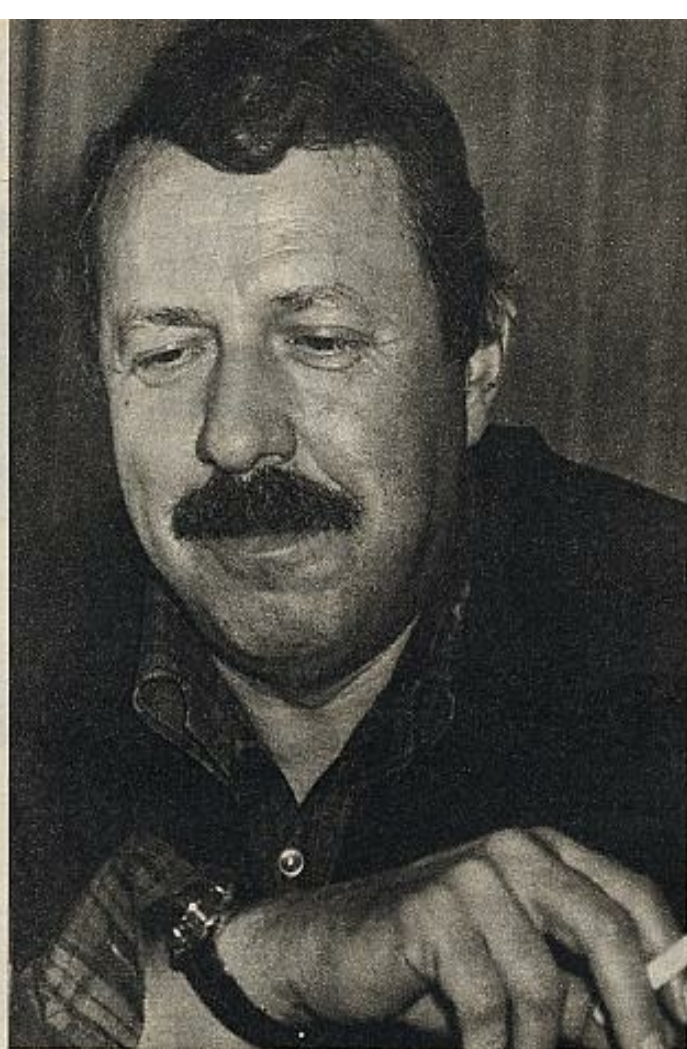
—A mi modo de ver, es muy distinto de Hemingway, porque "Gatsby" es un clásico; él entronca con la novela del siglo diecinueve, con la gran novela; él lo sabía; Hemingway no lo sabía y nunca lo entendió: la historia del chico de provincias —pero en el siglo veinte— es la continuación de Stendhal y Balzac y toda esa gente; yo lo sé muy bien porque lo tenía muy presente cuando escribí "Últimas tardes con Teresa". Tenía presente dos novelas: "El gran Gatsby" y "El rojo y el negro", de Stendhal. Es el mismo personaje, el individuo que se hace a sí mismo de la nada, que se crea una personalidad ficticia, pero en realidad todo el esquema es un retrato perfecto del individuo que tiene una idea romántica de su país, de la vida, y de sí mismo, y esa idea la tenía Fitzgerald y está en todas sus novelas; esas fiestas de juventud, esos bailes en la Costa Azul, que además él también los tuvo, eran los años veinte, no lo olvidemos, años de platino. Pero al mismo tiempo, para soportar este desfase que había entre la realidad y el ideal, empezó a beber y murió cirrótico a los cuarenta y cuatro años; pero es un personaje entrañable; fue contratado en Hollywood para escribir guiones; nunca se entendió con nadie.

—Parece que después de obras menores como "Este lado del paraíso" y "Tierna es la noche", hubiera dado en el clavo con "Gatsby sólo una vez", casi por casualidad...

—Es que, ya te digo, es autor de un solo libro; en "Gatsby" le cuajó todo el sistema que había desplegado en "Este lado del paraíso" y "Tierna es la noche" —que es una buena novela, no acaba de serlo, pero es buena—; y luego están sus cuentos, que son unos cuentos maravillosos, y su última novela, "Último magnate", es también una buena novela. Era muy desigual, tiene una maravillosa novela, y luego todo lo demás...

—¿Es éste tu caso también?

—Yo ni tengo la grandiosa novela, ni nada. ■ I. V. F. y P. S. P.



Alfonso Grosso: "Al realismo había que añadirle algo que yo siempre he tenido presente: ironía y erotismo".

GROSSO de la crónica de sucesos a la literatura

VICTOR CLAUDIN

LEGO a casa de un Alfonso Grosso que acaba de ganar dos millones de pesetas como finalista del Planeta de este año. Como siempre, discutido, que es lo suyo. Pero no los veo por ninguna parte. "Es que es muy difícil vivir de la literatura —me dirá luego—, lo que gané con *La buena muerte* me ha servido para *Los invitados*, y con esto haré *La exposición*, novela en la que ya estoy trabajando, pero nada más".

Alfonso Grosso nació en Sevilla en el año 28, y a los veinticuatro años sacó ya su primera obra, *Germinal*, un libro sobre la picaresca. De entonces hasta hoy, unas dieciocho obras,

casi una cada dos años, y unos mínimos escándalos jalonan una vida entregada al ejercicio noble de novelista. Tal vez en España se empezara a conocer en serio su trabajo a partir de quedar finalista del Planeta del 76. Aunque ya hubiera sido Premio de la Crítica con *Guarnición de silla*, en el 72, y Premio Alfaguara, en el 73, con *Florido mayo*, por decir las recompensas más importantes a su labor.

Nervioso, campechano, amigable, impulsivo, se queja nada más verme entrar de que se habla poco de su literatura y más del hecho policíaco, razón de *Los invitados*, o del escándalo que rodea a Lara y a su criatura